
Sección Bibliográfica

Varios: "Sociolinguistique". *Actes du X^e Congrès International des Linguistes*. Bucarest. 28 Août-2 Septembre 1967. I. Editions de l'Academie de la République Socialiste de Roumanie. Bucarest, 1969, pp. 551-773.

Al Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, reunido en Bucarest (Rumania) en 1967, se presentó un grupo importante de comunicaciones dedicadas a la sociolingüística. De entre ellas consideramos, en primer término, en esta nota, aquellas que cubrieron algunos de los ámbitos mayores de esta naciente interdisciplina, y dejamos para otras aquellas que abarcaron los más estrechos.

J. Ellis, de Leeds (Gran Bretaña), al referirse a las que él considera que pueden ser algunas de las líneas directrices de la sociolingüística, señaló que ésta tiene que desarrollarse gracias a los esfuerzos que se hagan: 1) para constituir un cuerpo de teoría propio, que se base tanto en los hallazgos de la lingüística propiamente dicha como en los de la sociología en sentido propio, y 2) para examinar concretamente ciertos problemas sociolingüísticos particulares.

Ese mismo estudioso indicó, también, que el enfoque propiamente sociolingüístico tiene su sitio dentro de una gama de indagaciones científicas que va desde las de la lingüística descriptiva a las de la lingüística institucional (en sentido estricto) o sociológica (en sentido lato) y de ahí a las de la sociología lingüística y a las de la sociología y las otras ciencias sociales. Esas diversas disciplinas vecinas se ocupan: de las lenguas en sí; de las lenguas que ciertas comunidades e individuos usan en ciertas condiciones (institucionalidad lingüística); del lenguaje tal como se emplea en las distintas situaciones sociales; de los grupos mismos que usan lenguaje y lenguas en ciertas condiciones, y de los grupos y las sociedades en cuanto tales.

Ellis se refirió, después, a la necesidad que

hay de hacer el estudio sociolingüístico de los "registros" y mencionó específicamente las contribuciones de la señorita Ure, con lo cual permitió que se articulara con el suyo el estudio que presentó al Congreso esta sociolingüista británica de la Universidad de Ghana, y que trató sobre la distribución de las palabras que designan los colores, en el rumano y en el inglés. En particular, el catedrático de Leeds llamó la atención hacia la importancia que tiene el que se enriquezca esa parte bien estudiada de la sociolingüística que es el multilingüismo, mediante el examen que se haga de la forma en que operan los registros en las comunidades multilingües.

Ante el tributo que Ellis rindió a Weinreich, al reconocer en él a un contribuyente de primera línea en el estudio del contacto de lenguas, uno de los participantes en la discusión, M.A. Jazeyery, indicó que el mismo reconocimiento debería extenderse a Einar Haugen, el sociolingüista noruego, particularmente por la clasificación que este profesor de la Universidad de Harvard ha podido hacer de los préstamos. En efecto, gracias a esa clasificación suya "se han separado fenómenos que son esencialmente diferentes (*loanwords* frente a *loanshifts*) y se han agrupado aquellos otros que parecen ser resultado del mismo proceso, aun cuando tradicionalmente se les haya considerado como diferentes, según ocurre con la *loan translation* y el *semantic loan*.

Norman Denison coincidió con Ellis en cuanto a considerar que la identificación y descripción funcional de los registros constituye una de las tareas más importantes de la sociolingüística, y que ésta debe precisar

cuáles son las categorías situacionales en las que opera cada una de ellos. Una línea convergente-divergente entre la exposición de este profesor de la Universidad de Londres y la del catedrático de Leeds es la que indica la importancia que tiene el estudio de los registros en las situaciones multilingües, pero que señala —también— que son mayores las facilidades que para este examen pueden presentar estas últimas situaciones, aunque aparentemente sean más complejas que las del monolingüismo. Como él dice:

En las comunidades monoglóticas, la tarea... se complica por el hecho de que cada uno [registro y situación] tiene que usarse para ayudar a definir el otro. En las comunidades plurilingües... el desplazamiento lingüístico puede ser independiente y unívocamente determinado.

Denison deriva su convicción, en este sentido, de las observaciones que él mismo hizo en Sauris, una comunidad trilingüe del Friul. No haremos referencia ahora a tales observaciones en cuanto —de momento— nos interesan las aportaciones más generales de los congresistas de Bucarest a la investigación sociolingüística.

La doctora J.L. Buffa, de Argentina, presentó —por su parte— un bello estudio que resume y ordena excelentemente los conocimientos que ya se tienen sobre la “variación lingüística en el ambiente [social]” (título que nos parece más adecuado a su contenido que el que la autora le dio al mencionar en él el ambiente *natural*). La doctora Buffa estudia sucesivamente, ahí, el intercambio lingüístico, el paralelismo lingüístico y el bilingüismo.

En materia de intercambio, señala la forma en que sustrato y superstrato designan los resultados de una superposición de lenguas de las que una suele prevalecer sobre la otra en función de: 1) el “coeficiente demográfico” de la población usuaria, 2) el prestigio diferencial de las lenguas, 3) la hegemonía político-militar de una sobre otra colectividad y 4) las migraciones. En el primer aspecto hace notar —con todo— que no es siempre la lengua de la mayoría la que se impone, y señala el ejemplo de romanos y españoles que fueron, en sus respectivos imperios, minorías (en sentido absoluto y no político) que lograron imponer sus lenguas respectivas. En el segundo aspecto mencionó el ejemplo de ciertos idiomas prestigiosos co-

mo el japonés y el anamita, y en el tercero la forma en que la centralización administrativa y política de los Estados europeos contribuyó a extender la influencia de los dialectos capitalinos, tal y como hoy, “en México gravita el altiplano central, pues la capital orienta la lengua general sometida al sustrato náhuatl”. Respecto de las migraciones señaló la forma en que éstas facilitan los contactos y los préstamos entre lenguas colindantes (sustrato sin bilingüismo), pero también cómo la expansión de una lengua se detiene “no sólo por la inercia física, sino también por la reacción de las otras lenguas ante las innovaciones”.

Buffa descendió, después, a los pormenores del intercambio entre lenguas colindantes en lo que se refiere a aspectos léxicos y sintácticos, morfológicos y fonéticos, subrayando: 1) que “todo préstamo cultural implica otro lingüístico” por extensión de su sentido o de su uso, o por correspondencia de contenido o calca; 2) que las interferencias morfológicas se producen, sobre todo, en el sector de los afijos (ligures y éuscaros en la toponimia prerromana de Iberia, franceses en el inglés actual, quéchuas, y náhuas en el español de Ecuador y Argentina, por un lado, y en el de México, por el otro) y 3) que entre las interferencias fonéticas destaca la fonologización de fonemas extraños (como la *ll* incorporada al guaraní por influjo del castellano, y la *ch* fonologizada por el árabe, debido a la acción del mozárabe).

Pero la doctora Buffa no descuidó otro tipo de interferencias: aquellas que se producen entre los que Zamora y Vicente llama “dialectos internos verticales”, o sea, entre las “modalidades establecidas por las distintas hablas de determinadas clases sociales”. Como ella misma subrayó, “tales lenguas especiales derivan de la segmentación social, y merecen un estudio específico con informantes cuya situación socio-cultural esté cuidadosamente deslindada”.

La misma congresista puntualizó cómo la comunidad de rasgos entre dos o más lenguas no representa necesariamente la existencia de nexos lingüísticos o sociales (históricos o prehistóricos, derivados de una comunidad de vida o de un contacto entre sociedades), ya que frecuentemente se trata de simples paralelismos. En este sentido, hay rasgos que unas lenguas “heredan” de otras; rasgos que unas “adquieren” de otras, y rasgos que representan un paralelismo o incluso una convergencia que es más o menos fortui-

ta o que es producto de ciertas propensiones generales, comunes a todos los seres humanos de diferentes sociedades y lenguas.

Buffa, al referirse al bilingüismo, indicó que éste suele ser una etapa en el proceso de contacto entre las lenguas, y que esa etapa conduce —a veces— a la constitución de una “lengua de emergencia”, lengua franca o lengua resultante de una mezcla de elementos, y ejemplifica con el caso del “fronterizo”, habla emergente del norte uruguayo, en la frontera brasileña. La sociolingüista argentina marcó los diferentes grados de mezcla que se producen en tales casos, pues, en el ejemplo: 1) coexisten hablantes del español y del portugués, 2) hay quienes hablan tanto español como portugués y 3) hay quienes emplean un dialecto en el que se mezclan el español y el portugués.

En un sector más restringido, pero trabajando en profundidad, Alf Lombard afirmó que todas las lenguas han tomado préstamos y que esto permite considerar al vocabulario de préstamo como uno de los terrenos en los que se puede practicar, con fruto, la lingüística comparada así como que es en él —en último término— en uno de los que se pueden asentar las construcciones de la lingüística general.

Dentro de ese sector hay dos problemas centrales que consisten en: 1) determinar cuál es el tipo de palabras que unas lenguas toman en préstamo de las otras, y 2) precisar cuáles son las vías por las que las palabras pasan de unas a otras lenguas.

En particular, Lombard señaló que ciertas lenguas ofrecen a los préstamos mayor “hospitalidad lingüística” que otras, y destacó, entre las más hospitalarias, el inglés, el rumano y el albanés.

En el caso del rumano, los primeros préstamos se remontan, por lo menos, hasta la Alta Edad Media, época en la que tomó —sobre todo— palabras de las lenguas eslavas. Desde entonces ha admitido también préstamos del griego, del húngaro y del turco; en suma, de sus lenguas vecinas o limítrofes. Desde hace tres siglos los ha tomado también de tres lenguas del occidente latino: del latín clásico, del francés y del italiano, que no son vecinos suyos. O sea que, de entre todos los préstamos, cabe diferenciar: 1) los préstamos por contacto más o menos material (geográfico) y 2) los préstamos por afinidad más o menos espiritual (entre culturas).

En estrecha relación con lo anterior, conviene reconocer, con Lombard, que un prés-

tamo puede: 1) ser acompañante de la cosa que designa, o 2) viajar por sí solo, a distancia. El recuerda que la primera forma de adopción de palabras corresponde a aquella que se produjo en la época de constitución de los grandes imperios ultramarinos, a través del intercambio metropolitano colonial. Ese rejuego no sólo llevó términos de la metrópoli a las colonias, que acompañaban a ciertos elementos de una civilización técnica, sino que (como en todo proceso transculturativo) procedió también en sentido inverso, de las colonias a la metrópoli, acompañando en el viaje —por ejemplo— a muchos “productos de la tierra”. Y registra, también, que la segunda forma de adopción de palabras (pues se trata de esto, más que de un “préstamo” aunque el término se haya convertido en tecnicismo) tiene uno de los ejemplos más claros en la latinización del vocabulario rumano, que en los siglos XIX y XX admitió “una verdadera avalancha de término que o fueron tomados del latín o fueron remodelados sobre él”.

El maestro sueco de la lingüística se apresuró, en seguida, a salir al paso a algunas soluciones fáciles, pues no hay un determinismo rígido que haga que sean las palabras fonéticamente más parecidas a las de la lengua importadora, o más fáciles para sus hablantes las que sean adoptadas por una comunidad lingüística, ni tampoco es indispensable el que esa comunidad y esa lengua carezcan de los términos para traducir las ideas respectivas, puesto que todas las lenguas han tomado y toman, unas de otras, términos que “duplican” e incluso llegan a desplazar algunos de los que ya les eran propios.

Por otra parte —en una apostilla que tiene todavía mayor interés para el sociolingüista— Lombard destaca la forma en que son los factores sociales y no puramente los lingüísticos los que condicionan la elección de una entre varias fuentes lingüísticas disponibles, y que fue precisamente eso lo que ocurrió con el rumano, que ha preferido tomar préstamos del francés a pedírselos al italiano o al latín, a pesar de que el primero es menos parecido que los otros dos a la lengua rumana, por tener el pueblo rumano en mayor aprecio la cultura francesa que las culturas latina o italiana. Aún así, la estructura lingüística también ejerce su acción y, en el ejemplo, la del rumano ha presionado y hecho que muchos préstamos del francés hayan tenido que latinizarse más o menos para contribuir al caudal del idioma.

En la discusión del trabajo de Lombard, Kaparski indicó que, en el estudio que se haga de los préstamos con propósito sociolingüístico, conviene observar que hay campos de la vida social y cultural que son preferidos para la introducción de éstos y que, en cambio, hay otros campos en los que los préstamos son rechazados o no logran penetrar o no se consideran necesarios, y él, en concreto indicó que la influencia francesa no ha penetrado nunca en rumano en el terreno específico de la Iglesia Ortodoxa.

Bulgar, por su parte, al incidir sobre la riqueza del vocabulario rumano, mostró que la misma puede revelar que el léxico de esa lengua ha evolucionado de acuerdo con diversas etapas en las que se han ejercido y admitido o rechazado diversas influencias sociales y políticas y que, ya en sentido evaluativo, la riqueza de vocabulario que hoy recoge la lengua como resultado de su gran hospitalidad lingüística, no tiene por qué ser sacrificada, "puesto que representa —como para el español, según su propio decir— una buena fuente estilística".

Pero si el trabajo de Lombard se mueve en un espacio voluntariamente restringido y la contribución de Buffa en el mundo de lo aceptado en forma más o menos general, la comunicación de A.A. Prins, de los Países Bajos, incidió en temas apasionantes, muy amplios y —por ello— controvertibles y controvertidos.

El congresista neerlandés sacó a la discusión el problema de la relación que puede existir entre la lengua y el carácter nacional y —como él mismo percibió desde el principio— se enfrentó así a un problema complejo, que hubo de dividir en dos más simples: 1) el de determinar si existe o no un "carácter nacional" y 2) el de precisar, después, si en caso de existir éste, él mismo tiene o no tiene influencia sobre el lenguaje.

Prins anticipó las objeciones a su tesis indicando —por ejemplo— que el hecho de que en cada nación existan características que distinguen entre sí a los habitantes de unas y otras localidades del mismo país, no impide reconocer que existen también características genéricas para todos los habitantes de sus distintos lugares y regiones. Sus autoridades, para esta parte, fueron —como podía esperarse— MacDougall y Fouillée, el británico y el francés (sintomáticamente, quizás, porque Inglaterra y Francia fueron de los primeros en alcanzar, en forma nítida, su "perfil nacional propio").

El segundo problema —el de la relación entre lengua y carácter nacional— le pareció que había sido resuelto afirmativamente por Humboldt, Fouillée y Gardiner, quienes —en su momento— pensaron que la lengua y el espíritu de un pueblo se coimplican; que "la filología es una fisionómica"; que las diferencias de lenguas implican diferencias de enfoque mental, aun cuando Sapir haya afirmado terminantemente que "es imposible mostrar que la forma de una lengua tiene la más ligera conexión con el temperamento nacional".

Prins piensa, junto con Bally, que —por ejemplo— el francés y el alemán revelan actitudes mentales distintas de pueblos diferentes; que si la lengua no es producto del carácter nacional, hay que reconocer que —por lo menos— ambos son producto de la vida social pasada de una colectividad y que, por lo mismo, una y otro revelan —en dos formas diferentes— esa misma realidad pasada.

Prins piensa que la misma variedad de las lenguas depende de los diferentes hábitos de hablar (y de actuar, en general) de distintas colectividades humanas, y que si bien una misma lengua suele ser hablada por dos o más comunidades distintas (el inglés en Inglaterra y en Irlanda), en cada una adquiere sus modalidades propias, diferenciadas. Convencido de la bondad de sus argumentos, Prins ensayó ciertas aplicaciones prácticas o ilustraciones concretas, como cuando distinguió entre las lenguas cuya estructura se basa en oposiciones vocálicas principalmente y las lenguas que dependen, sobre todo, de oposiciones consonánticas; él cree ver en ellas, respectivamente, la revelación del carácter predominantemente inclinado hacia la armonía entre los hablantes de las primeras, y preferentemente inclinado hacia la energía entre quienes hablan las segundas.

En la discusión subsecuente, Luckman puntualizó que, hasta hoy, el "carácter nacional" es una 'realidad' percibida *subjetivamente* y que, por ello, no se puede establecer en forma objetiva, científica, cuál pueda ser la relación entre él y la lengua "a no ser en forma anecdótica", a lo que Prins repuso que si bien reconocía que el carácter nacional no había sido definido adecuadamente, no debía considerársele como científicamente indefinible; que todo mostraba que seguía habiendo una aguda necesidad de investigar esta área sicosociológica. En favor de su postura podría aducirse el que alguien de una mentalidad claramente científica y de una

formación claramente estadística como el maestro finlandés Veli Vierko no dudó en titular una de sus obras *Homicidio y suicidio en relación con el carácter nacional* (finés).

D.W. Maurer, de la Universidad de Louisville, señaló uno de los aspectos sociolingüísticos que pueden y deben tener máximo interés para los especialistas en sociología del conflicto, ya que el conflicto intra-cultural que frecuentemente se suscita dentro de las sociedades, en buena parte se origina, se refuerza, se manifiesta o repercute lingüísticamente.

La experiencia de base para la comunicación de Maurer es estadounidense, pues si bien existe en casi todas las sociedades complejas, en Estados Unidos de América se presenta en forma mucho más clara que en las restantes la dicotomía entre la "cultura dominante" y las llamadas "sub-culturas". La dicotomía —particularmente en áreas como la de Louisville en la que, de paso, hemos observado las fuertes tensiones existentes entre los estadounidenses negros y los blancos, y que es en la que profesa Maurer— conduce a un conflicto intercultural que se manifiesta iterativamente.

Maurer ha podido observar, así, en su medio universitario, en el de su país y en el de otros países, la forma en que algunas de las "sub-culturas" se generan en la lengua; pero también la manera en que, a su vez, ellas generan hostilidad hacia la cultura dominante y hacia sus manifestaciones lingüísticas.

El propio congresista indicó que hay sub-culturas legítimas en las que la hostilidad frente a la cultura dominante se reduce a aquel mínimo que les permite mantenerse unidas internamente y competir con otras hacia el exterior; que hay subculturas (como la de los trapenses) que rechazan juntas (pero de modo pasivo) la cultura dominante y su lengua; que hay otras (las de los ghettos) en las que la lengua expresa sólo una parte menor de la hostilidad hacia la cultura dominante; que en las subculturas de la desviación sexual, la hostilidad se orienta —en acciones, movimientos y palabras— tan sólo en contra de un sector de la sociedad y únicamente en contra de ciertas formas de comportamiento (en un simultáneo deseo de identificarse, de diferenciarse y de ridiculizar, por ejemplo, al sexo opuesto). En el extremo —como él señaló— se encuentran las subculturas francamente criminales, con su hostilidad social extrema y su idioma diferenciado y cambiante.

El lenguaje de los criminales —como apuntó Maurer— muestra el rechazo que el criminal hace de los valores de la sociedad dominante, simbolizados en su lenguaje; toma de ese lenguaje frases y palabras y les cambia el sentido para enfatizar "la solidaridad de grupo, el reconocimiento mutuo, el sentido de exclusividad".

Maurer tuvo oportunidad de seguir de cerca el desarrollo de la subcultura y las manifestaciones lingüísticas de los narcómanos, y pudo observar que las presiones (las leyes represivas, por ejemplo) de la cultura dominante dinamizan a la subcultura, aceleran su productividad e incrementan su esoterismo lingüístico; que la filtración de términos de la subcultura a la cultura dominante suele revelar a ésta la existencia de grupos transgresores de sus normas; que la subcultura depende —para su subsistencia— del secreto lingüístico; pero que, si éste no es violado, la subcultura no muestra propensión particular a introducir nuevas voces, nuevos giros, sentidos diferentes.

El mismo señaló la forma en que, sociolingüísticamente, los miembros de una subcultura tan rechazan las *sucker words* ("palabras de mamón o de ingenuo") de la cultura dominante, como se abstiene de emplear aquellas palabras que son propias de otros miembros de la misma subcultura que se encuentran por debajo del usuario en la "jerarquía ocupacional" (al grado de que el asaltabancos no se degrada usando la jerga del carterista). Su anotación respecto a la forma en que los miembros de la subcultura hacen una diferenciación situacional entre las palabras y frases que pueden usar, cuando están *ex-carcelados*, y aquellas otras que tienen que emplear para ser entendidos por sus compañeros cuando están *en-carcelados*, es importante, y debe de relacionarse con el tema de los registros lingüísticos.

Una consideración político-social (más que sociolingüística) es la hecha por el mismo congresista cuando indica que "la vida y los patrones lingüísticos de estas subculturas ya no son cosa de puro interés académico" y que "tenemos más datos sobre oscuras culturas primitivas que sobre nuestros propios microsistemas".

En la discusión ulterior, a pregunta especial de Luckman, Maurer reconoció que la amenaza que procede de la cultura dominante no es el único factor de formación de los *argots* subculturales; que éstos suelen pasar de la subcultura a la cultura dominante (o a algunos sectores suyos) por caminos a veces

sorprendentes, y que es así como ha pasado al sector de los adolescentes apasionados de la música, por la vía de los jazzistas drogadictos, el lenguaje de los narcómanos. Con ello, algunos miembros de la cultura dominante se convierten en (o adquieren la apariencia de) “desviados” vicarios. Esta última noción, aún confusa en la réplica de Maurer, convendría explorarla mejor, en sentido sociopatológico.

Sin embargo, los procesos de polarización que por un lado unifican a las lenguas, por el otro las *diversifican* incluso más allá del extremo ilustrado por Maurer, y *diversifican*, también, a las sociedades. Esto puede verse en la comunicación que presentó K. Rain, de la Universidad de Munich, en la que se refirió a ciertos grupos religiosos minoritarios a los que se les puede considerar como comunidades en las que ha avanzado mucho la diversificación lingüística.

Rein recogió sus observaciones en el seno de tres grupos anabaptistas: los *Schweirischen Brüder* o “mennonitas suizos”, los *Hutterischen Brüder* o huteritas de las Dakotas, de Canadá y de Paraguay, y las comunidades Amana de Iowa. Se trata de grupos de tendencia conservadora pero que, a pesar de todo, han sufrido y no han podido evitar toda clase de interferencias sociolingüísticas en su peregrinación de Alemania del Sur, Austria y Suiza, a través de Francia, Galicia-Volinia, Eslovaquia, Transilvania, Ucrania y Estados Unidos de América.

Los estudios de Rein en una *Brüderhof* (o colonia), le revelaron principalmente la diferenciación lingüística interna, de correlato social, de esas unidades relativamente pequeñas. Encontró ahí: un dialecto básico de uso muy amplio, un *huterita* estándar, un idioma propio de la predicación, un dialecto del inglés y un *neuhochdeutsche* escrito, usados, el uno, principalmente, por las mujeres y los niños; el otro, por los hombres; el tercero, en la predicación; el cuarto, en las relaciones de la comunidad con el exterior y el último, en la comunicación epistolar de sus miembros.

Es indudable que, a través de éstas y otras contribuciones hechas a la sección de sociolingüística del Décimo Congreso Internacional de Sociología, comenzará a vislumbrarse si no la imagen sí la silueta de lo que puede llegar a ser esta nascente interdisciplina.

Marius Sala: *Estudios sobre el Judeoespañol de Bucarest*. Traducción de Flora Button Burlá. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1970, 193 pp.

Marius Sala es un lingüista rumano, discípulo del eminente romanista doctor Iorgu Iordan. En seguimiento del maestro, el discípulo inició una carrera que le ha llevado a un sitio destacado dentro de la comunidad académica rumana. Su labor como secretario del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, reunido en Bucarest en 1967, permitió que muchos lingüistas del mundo conocieran a ese joven estudioso cuyos méritos habían anticipado gracias a sus aportaciones al conocimiento del judeoespañol. El doctor Juan Manuel Lope Blanch, de la Universidad Nacional de México, invitó tanto al doctor Iordan como el doctor Sala a que visitaran nuestro país y pidió la autorización del último para reunir y publicar, en español, los resultados de su estudio —acucioso y largo— sobre el judeoespañol de Bucarest. De ahí procede esta obrita que como un todo atrae la atención particular de los hispanistas, la específica de los romanistas, la genérica de los lingüistas, y que en algunas de sus porciones —al menos— se impone al examen del sociolingüista.

En efecto, aquí la materia y el producto lingüísticos se refieren continuamente a lo social, particularmente, en las observaciones —algunas ya admitidas y sólo sistematizadas otras de la aportación personal de Sala— sobre la desaparición de las lenguas y sobre la organización de una norma lingüística, tal y como una y otra se manifiestan en el caso del judeoespañol. De las otras porciones del libro, unas muestran en general y otras en concreto: 1) la forma en que una lengua románica (el rumano) contribuye —en la coexistencia y competencia con ella— a la desaparición de otra (el judeoespañol) y 2) la manera en que la cercanía y el intercambio favorecen la inclusión de elementos de otras lenguas (balcánicas, en el caso) dentro de la lengua (sefardí) que ahí se estudia. Por otra parte, si bien en ella el estudio de los refranes judeoespañoles se hace con propósito lingüístico, su registro permite que el lector capte el clima espiritual y el temperamento social de sus hablantes. Las aportaciones sobre el valor que tiene la parte inicial de las palabras y sobre el que corresponde a los factores internos y externos de la fonética